

Siguiendo los pasos de Ignacio: Ser peregrino en el Camino Ignaciano Natalie Baxter Strange



“Confía en el Señor con todo tu corazón,
y no te apoyes en tu propio entendimiento.
Reconócelo en todos tus caminos,
y Él enderezará tus veredas.
Proverbios 3:5-6

De pie en la larga fila para hacer el check-in en el aeropuerto de Bruselas, revisé mis correos electrónicos en mi teléfono para pasar el tiempo. Estas palabras de Proverbios de mi reflexión de Cuaresma para ese día me llamaron la atención. ¿Qué mejores palabras para comenzar una peregrinación? Mi corazón se consoló; sentí cerca al Señor. Confiar en el Señor con todo mi corazón era lo que anhelaba profundamente en los días venideros.

Cuatro meses antes había llegado a mi bandeja de entrada un correo electrónico: una invitación para unirme a una peregrinación en grupo siguiendo los pasos de Ignacio desde Loyola hasta Manresa. La fecha de llegada a Manresa: 25 de marzo, exactamente 500 años después de su llegada en 1522. Me emocionaba pensarlo. ¡Sí, cuenta conmigo!

Nuestro grupo era de 14 peregrinos y el guía, el P. Josep Lluís Iriberry, S.J. Llegué a Loyola en un hermoso día cálido y soleado. Las familias españolas disfrutaban de sus paseos dominicales y del tiempo juntos en el parque de la Basílica. Todo parecía estar bien en el mundo en ese momento.



Santa María de los Reyes, Laguardia

hermanas en Cristo siguiendo Jesús.

Esa noche, después de nuestra primera comida juntos, nos reunimos en un gran círculo en la capilla del Hotel Pedro Arrupe. La emoción y el nerviosismo estaban en el aire cuando nos presentamos y compartimos nuestros deseos, así como nuestros miedos. Estaba claro que Dios había atraído a cada uno aquí a través de las circunstancias particulares de nuestras vidas. Para algunos, la pandemia los había hecho esperar durante dos años este día. Habíamos viajado desde Estados Unidos, Singapur, Italia, España, Holanda, Colombia, Cuba y Bélgica, y teníamos entre 41 y 82 años. Durante las próximas dos semanas íbamos a ser compañeros en el Camino Ignaciano, hermanos y

Peregrinar es una aventura. Una aventura con Dios y con los demás. Se podría decir que esperar lo inesperado es una buena forma de proceder. Lo inesperado, tanto aquello que es bienvenido como lo no tan bienvenido. Solo Dios sabía lo que nos depararían los días venideros, individual y colectivamente. Estábamos en Sus manos.

Nuestro primer día completo lo pasamos visitando los lugares importantes para Ignacio en Loyola y Azpeitia, culminando con nuestra primera Misa en la Capilla de la Conversión. Al entrar en la habitación, uno siente una silenciosa reverencia. Con las viejas tablas de madera y las vigas del techo, uno puede imaginar a Ignatius recuperándose de su herida de bala de cañón y de las cirugías que sufrió aquí. En el rincón donde Ignatius yació durante meses en su cama, un dosel viejo y algo andrajoso cuelga sobre una gran estatua dorada de Ignatius mirando hacia el cielo. Mientras nos reuníamos alrededor del altar para recibir la comunión, cada uno de nosotros puso una mano sobre el altar, ofreciéndonos a nosotros mismos y esta peregrinación a Dios.



Bajo un cielo azul partimos a la mañana siguiente desde la escalinata de la Basílica y seguimos la antigua vía del tren por el río Urola. La primavera brotaba a nuestro alrededor. En un momento, docenas de pequeñas mariposas de colores (azules, blancas con puntas anaranjadas, amarillas y marrones moteadas) aparecieron revoloteando entre las ortigas junto a una cascada fresca y vertiginosa.

Caminamos esas dos primeras horas en silencio, como haríamos la mayoría de las mañanas. En ese silencio, me adentré aún más de mi profundo gozo y gratitud a Dios. Mi copa estaba rebosante, como la cascada junto al camino. Cruzando los viejos puentes del ferrocarril, el viento me recordó al Espíritu Santo, y amenazó con llevarse mi sombrero. Los túneles frescos, húmedos y oscuros me invitaron a orar para que la luz de Cristo brille en lugares oscuros, en mí y en otros lugares.

Para recorrer los más de 650 km del Camino Ignaciano en 11 días, confiamos tanto en los autobuses como en los pies para llegar a Manresa. Apreciamos especialmente tener el autobús mientras subíamos más de 1000 m hacia las espectaculares altas montañas de Arantzazu, donde se alza un impresionante monasterio franciscano. Arantzazu, centro de devoción mariana, fue el primero de muchos lugares donde Ignacio se detuvo a orar a la Virgen/Nuestra Señora por su profunda devoción a ella.

Desde Loyola en el País Vasco hasta Manresa en Catalunya, el paisaje varía enormemente. Montañas verdes, valles de ríos, viñedos en tierra seca de color marrón siena, la meseta abierta y ondulada de Los Monegros, grandes extensiones de huertas frutales. En marzo, las vides parecían poco prometedoras sin ningún nuevo brote, pero los huertos de melocotoneros eran como grandes salpicaduras de color rosa brillante a lo largo de nuestra ruta. El paisaje dio forma a mis conversaciones con Dios mientras peregrinaba, junto con la petición del día, las reflexiones, las escrituras y las oraciones sugeridas para cada día. El salmista escribe: *“Del Señor es la tierra y cuanto hay en ella”* (Salmo 24:1). Me parecía que dondequiera que miraba, el Señor me hablaba: la pequeña manzana marchita que revelaba algo de mi propio corazón; la planta puntiaguda y afilada que me recuerda la pasión y muerte de Jesús; la belleza de las flores silvestres y el canto de los pájaros que llenaban el aire, llevándome a alabar a nuestro Señor y Creador.



Castellnou de Seana

Orar con una adaptación del material de los Ejercicios Espirituales profundizó aún más nuestra experiencia. Después de la peregrinación, cuando revisé mi diario, me di cuenta de que había experimentado la dinámica completa de los Ejercicios durante las dos semanas. Algo que no esperaba.

Y luego estaban las conversaciones. Conversaciones ricas, significativas y memorables. Algunas ligeras, alegres. Otras dolorosas. Momentos de hilaridad y risas. Momentos de lágrimas. Como cualquier peregrino, experimentamos alegrías y tristezas. Formamos vínculos profundos muy rápidamente. Al final, cuando vinimos a despedirnos, nos dimos cuenta de lo preciosos que nos habíamos vuelto el uno para el otro. Incontables bendiciones. Nos habíamos encomendado lo mejor que pudimos a las manos de Dios, y su amor y su gracia nos salieron al encuentro en abundancia.

Natalie Baxter Strange es una laica anglicana y directora espiritual con un profundo amor y aprecio por los Ejercicios Espirituales y la Espiritualidad Ignaciana. Es esposa, madre y abuela y vive en Lovaina, Bélgica.